

tros antiguos edificios públicos, se compone de dos pisos, con amplios corredores en uno y otro dando al patio principal, estando sostenido el techo de estos por arcadas de magestuosa arquitectura. Tiene capilla, enfermerías con separación para personas de ambos sexos, habitaciones para el capellan y los que asisten á los pacientes, y en una palabra, todas ó casi todas las comodidades apetecibles. Concluyóse la fábrica en Junio de 1756, siendo virey de Méjico el marqués de las Amarillas.

En el día, suprimida como está la Orden Tercera, ha dejado de existir el hospital, y el edificio está convertido en posada con el título de *Hotel del Ferro-carril*.

Sin salir todavía de la historia antigua, no pasaremos en silencio un acontecimiento notable enlazado, aunque accidentalmente, con el monasterio de San Francisco; queremos hablar del célebre tumulto acaecido en la capital el día 8 de Junio, infraoctava de Corpus, del año de 1692. Pero la relacion de ese acontecimiento exige un capítulo por separado.

XXIV.

HAMBRE Y CODICIA.

En la mañana del 23 de Agosto de 1691 la ciudad de Méjico ofrecia el cuadro de la mas espantosa inquietud. Los moradores todos, firmes en la creencia de que el mundo iba á acabarse, corrian despavoridos á los templos, donde, al toque de rogativa, se esponia al Santísimo Sacramento.

Una sombra siniestra se iba estendiendo como un sudario sobre la naturaleza.

El sol parecia agonizante, y las estrellas, como para dar su postrer adios al hombre, dejaban ver la triste faz en el firmamento, opaco y torvo como la bóveda de una caverna.

Los relojes de la ciudad hicieron oír su voz en lánguidos tañidos: eran las nueve.

En este instante murió la luz del sol: el astro del día desapareció como si una mano monstruosa le hubiera sumergido en un piélago de sombra.

Los luceros brillaron como á la mitad de la noche, y en medio del sepulcral silencio que reinaba en la poblacion, solo se oía uno que otro ay desgarrador, el llanto de algun niño perdido en la calle, la sorda voz ó los gemidos del que pide al cielo favor, y el malancólico canto de los gallos.

Fue este un eclipse total de sol, que duró algo mas de un cuarto de hora, y á él se atribuyó la plaga de gusano que despues cayó á los trigos y causó mucha escasez de mantenimientos.

Perdida asimismo la cosecha de maíz en aquel año, se alarmó justamente la poblacion, previendo el hambre que amenazaba para el siguiente.

Intérprete fiel de esta inquietud fue el P. Fr. Antonio de Escaray, de la órden franciscana, que el lunes 7 de Abril de 1692, segundo día de Pascua de Resurreccion, predicó en la Catedral en presencia del virey (que lo era entonces D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Gálve), de la audiencia y tribunales. Fue el asunto del sermón la falta de víveres, y el predicador se condujo con tal imprudencia, segun se espresa el licenciado Robles, "que fue mucha parte para irritar al pueblo, de suerte que si de antes se hablaba de esta materia con recato, desde este día se empezó á hacer con publicidad, atribuyendo las diligencias que hacia el virey solicitando bastimentos para la ciudad, á interes y utilidad suya;" agregando el mismo Robles que el predicador fue en extremo aplaudido.

En tal estado se hallaban los ánimos cuando amaneció el día 8 de Junio, tristemente célebre en los anales de la dominacion española en nuestro país.

Durante las primeras horas de ese día, nada pudo notarse que fuera capaz de infundir temores.

No así á las cuatro de la tarde, hora en que se vió llegar á

las puertas del arzobispado á una muchedumbre de indígenas de ambos sexos, todos respirando furor.

Algunos de ellos llevaban en hombros el cadáver de una mujer, mientras otros decían á voces que esta habia muerto en la alhórriga á manos de un mulato y un mestizo repartidores del maíz, de que entonces habia, como dijimos, gran carestía en la ciudad.

El Sr. D. Francisco Aguiar y Seijas, que era el arzobispo, dispensaba á los necesitados en aquel año calamitoso todos los consuelos que estaban en su mano, y se asegura que en socorrer la indigencia no solo gastó las rentas de que disfrutaba, sino que aun contrajo deudas cuando ya aquellas no fueron suficientes para continuar tan santa obra. Era además gran protector y, digámoslo así, el paño de lágrimas de los naturales, por lo cual, los de que hablamos, iban á quejarse con él de la tropelía usada con la infeliz mujer que, ya difunta, conducian á su presencia.

Pero sea que él no se hallara á la sazón en su palacio, ó bien que los sirvientes negasen con cualquier pretexto á los quejosos la entrada á la habitacion donde estaba, la verdad es, que la familia del prelado no les dió mas consuelo que decirles:—Ocurran ustedes á palacio, que allí se les hará justicia.

Enderezaron, en efecto, los pasos hácia las casas reales; pero á la puerta hubieron de dar desde luego con un tropiezo: sus escelencias el virey y su esposa habian salido, y así lo anunciaron los soldados á nuestros indios, prohibiéndoles con altanería pasar los umbrales.

Despechados por dos repulsas consecutivas, y disimulando la hiel en que rebotaba su corazón, partieron con la difunta apresuradamente por las calles del Reloj hasta el barrio de San Francisco Tepito, de donde era originaria; barrio que pertenecía á la gobernacion de los indios de Santiago Tlatelolco.

II.

Entre tanto, unos veinte de ellos siguieron instando por entrar en palacio, arrojando piedras á las puertas y balcones; mas encontrando resistencia en el cuerpo de guardia, y especialmente en el alférez, hubieron de retroceder pronto hasta el cemen-

terio de la Catedral, donde reforzados con mas de doscientos de su misma clase, acometieron de nuevo á los soldados que les hacian frente, arrojándoles una granizada de piedras y aprovechando una de estas en la mano con que el alférez sostenia la rodela, la cual perdió con el golpe. Para recobrarla le fué menester emplear otras; pero todo su brío se esterilizó ante el denuevo de los amotinados, que le obligaron á refugiarse en el palacio con pérdida de dos soldados, y sin hacer ya mas resistencia que cerrar las puertas.

Alentados aquellos con este triunfo, pusieron fuego inmediatamente á las puertas, provistos, como estaban, de materia combustible, pues allí mismo se la ministró la madera de que estaban formadas las chozas situadas enfrente de palacio, que servian á los figoneros.

A las seis de la tarde el incendio habia cundido por todo el palacio, las casas de ciudad, la cárcel, los oficios de provincia, las viviendas de madera que rodeaban parte de la plaza, en las cuales habia tiendas de ropa y comestibles, que se llamaban *cajones*.

Las llamaradas despedian una claridad infernal que reflejaba en todos los edificios circunvecinos, y especialmente en la Catedral, que todavía entonces no estaba acabada.

La gente corria llena de espanto por las calles buscando asilo en las casas propias ó en las ajenas.

Los caballeros eran desarmados en el parage donde encontraban con alguno de los sublevados, si bien no recibian mas que esta injuria.

Todo el amor de que antes era objeto el arzobispo se habia convertido en odio, como lo probó el hecho de que pasando el Sr. Seijas en su coche cerca de los portales que entonces llamaban de provincia, fue saludado con una lluvia de piedras acompañada de alaridos, derribando de una pedrada al que le servia de sotacochero.

En una palabra, los indios, ordinariamente mansos y casi indiferentes á la felicidad ó á la desgracia, parecian transformados por la rabia en unas deidades infernales salidas del abismo para tomar venganza de una raza opresora y maldecida; y en medio de la confusion en que estaba la ciudad, en medio de los ruidos de los carruajes que se alejan, de las puertas y ventanas que se cierran con estrépito, de las voces de los que piden al cielo

misericordia y de la trápala de los que huyen de la plaza para ocultarse, domina una voz, un grito imponente y horrible, un acento que resuena en los aires como venido de una region misteriosa y lejana:—¡viva el rey y muera el mal gobierno!

III.

Este grito sobrecogia de terror á los que le escuchaban en circunstancias en que podian considerarlo como una amenaza.

El arzobispo habia tenido por mas acertado retirarse á su palacio, luego que conoció lo estéril de su presencia para poner un dique al desórden.

Los nobles, los caballeros, dando crédito apenas á lo que veian desde sus moradas, no se atrevian á salir á prestar auxilio al gobierno; y pensando solo en el peligro que corrian sus vidas y haciendas, esperaban de un momento á otro verse asaltados en sus propios hogares, bien por los amotinados, bien por el fuego que hacia progresos inauditos en varios cuarteles de la ciudad.

La compañía que daba guardia en palacio, continuaba entre tanto defendiéndose de los ataques que recibiera desde el principio. Colocados los soldados en la azotea disparaban sus armas contra todo el que se ponía á tiro; y aunque les habia prevenido el alférez que no cargasen con bala, algunos de ellos desobedecieron esta orden y mataron muchos de los amotinados.

Al ver estos caer á sus compañeros se encendian en nuevo furor, y su audacia ya no tuvo límites: corren de un lugar á otro empuñando horribles teas en cuya corona de llamas va el principio de la destruccion de toda una casa, quizá de una manzana entera. Un violento huracan coadyuva á sus intentos, y la ciudad va á ser en breve una inmensa pira que reducirá á cenizas el cadáver del despotismo colonial.

IV.

En medio de tantos y tan innumerables peligros capaces de poner espanto al corazon mas intrépido, hubo sin embargo algunos hombres valerosos. Fue uno de ellos el alférez mencio-

nado, que perdida toda esperanza de contener el tumulto, no pensó ya mas que en salvar del fuego las alhajas y preseas de los vireyes, trasladándolas al arzobispado, para lo cual, y asistido de los criados del virey, abrió un portillo en la pared que da á la casa destinada entonces al balanzario de la caja real, por donde pasaron á la calle y despues á las casas del arzobispo, quien les hospedó en ellas aquella noche.

No menos denodado fue otro hombre que, mientras la gente de palacio se afanaba por salvar riquezas, él, con un ardor estremado, con el entrañable cariño de un padre que ve á sus hijos á punto de perder la vida, pugnaba por arrebatarse entre las llamas otra especie de tesoros de mas estima: era un clérigo, era el limosnero del Sr. Aguiar y Seijas, que servia de capellan en el hospital del Amor de Dios, y que al saber en su retiro que el fuego habia prendido en las casas de cabildo, corre á ellas acompañado de sus amigos; intentan por las piezas bajas subir á las superiores; no lo consiguen por estar invadidas de las llamas; pero discurren valerse de escaleras portátiles para lograr su intento, y en un instante, forzadas las ventanas, se les ve penetrar en el archivo, de donde sacan, para arrojarlos á la plaza, los códices y libros capitulares que no habian sido presa del fuego, salvando así los monumentos mas preciosos de la historia antigua y moderna de nuestra nacion que allí se conservaban. ¿Es menester nombrar al sugeto que dió cima á un hecho tan glorioso? ¿Hay mejicanos que ignoren que ese hombre benemérito de las letras, fue nuestro esclarecido compatriota D. Carlos de Sigüenza y Góngora?

Si el denuedo que acreditó en esta vez hubiera tenido imitadores entre las autoridades civiles en la órbita que les correspondia, el incendio habria sido prontamente atajado y los alborotadores reprimidos; mas no parece sino que estaban resignados á perecer y dejar perecer á todos los vecinos de la capital bajo los escombros de los edificios, y sobre todo, bajo el peso de las iras populares.

En este trance el Dr. D. Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la Catedral y abad de la congregacion de San Pedro, tuvo una ocurrencia que, puesta desde luego en ejecucion, fue la medida verdaderamente salvadora de tantos intereses como peligraban, el paso atrevido que hizo salir de su estupor á los funcionarios públicos y demas personas de influencia, y la au-

rora de paz que conjuró aquella tormenta desencadenada. Pasa al Sagrario de la Catedral, y acompañado de tres monacillos, dos sacerdotes clérigos y un religioso de Santo Domingo, saca en procesion al Santísimo Sacramento; diríjese á la plaza, y advirtiéndole que la ruina del palacio era inevitable, retrocede hasta la gran cruz de piedra colocada en el cementerio de la metropolitana, frente á la puerta principal de en medio, y que llamaba el vulgo la *cruz de los bobos*.

De allí se encamina hácia la calle del Empedradillo para contener á los indios que ya ponian fuego á las casas del marqués del Valle, y logra con sus exhortaciones que ellos mismos apaguen el incendio en debida veneracion al Santísimo Sacramento que llevaba en las manos. Otro tanto consigue en diversas partes; con este arbitrio y el auxilio del presbítero D. Nicolás de Rivas, que predicaba á los mejicanos en su lengua aconsejándoles la paz, comienza á obtener los resultados mas lisonjeros.

Agotadas sus fuerzas por el cansancio, empeña á otro eclesiástico á proseguir en la misma tarea, recogiendo este los mismos frutos. Siguen despues el ejemplo los religiosos de la Merced y de la Compañía de Jesus; y aunque al presentarse los segundos en la plaza se les recibe á pedradas por venir con ellos algunos paisanos armados, separados estos, alcanzan los religiosos con sus predicaciones un triunfo decisivo y completo sobre los amotinados.

A las nueve estaba sola la plaza, y á la luz sangrienta que despedian los restos del incendio, no se veia mas que una que otra figura humana huyendo con paso apresurado, y deslizándose despues entre las sombras como fantasmas.

Entre tanto, ¿dónde estaban el virey y su familia?

Los gritos de *viva el rey y muera el mal gobierno!* fueron á herir sus oidos y su amor propio en el monasterio de San Francisco, donde acaso se hallaban de visita, sirviéndoles aquel asilo de un poderoso escudo contra los ataques de sus encarnizados enemigos.

En efecto, debieron su salvacion al respeto tradicional que los naturales tributaron siempre á los religiosos franciscanos.

Hubo no obstante quien se atreviera á faltar á ese respeto, procurando penetrar en el convento para arrancar de allí al virey y la vireina y entregarlos al furor de los amotinados, valiéndose de un pretexto que tenía visos de verdad.

—¡Una confesion! ¡una confesion, por amor de Dios! se oyó esclamar á las puertas del monasterio en lo mas recio del tumulto; ¡una confesion para un pobre sacerdote que acaba de recibir un balazo!

Conocieron los religiosos la estratagema, se negaron redondamente á obsequiar los deseos que se les manifestaba, por lo cual se vieron ya descaradamente amenazados de correr la misma suerte que el gobierno, si persistian en tener cerrado el convento para contener á los que anhelaban apoderarse de las personas objeto de tanto encono.

A pesar de esta amenaza, prevaleció el amor y respeto que tenían los mejicanos á la morada de los religiosos, y el conde de Gálve y su familia se salvaron.

VI.

Aunque D. Lucas Alaman asiente en su *Tabla cronológica de los gobernantes y vireyes que tuvo Nueva-España*, que el motin fue reprimido por D. Juan de Velasco, conde de Santiago, que salió á caballo con toda la gente principal, Cabrera, en su *Escudo de armas de Méjico* y el licenciado Robles en su *Diario de sucesos notables*, afirman todo lo contrario, conviniendo en que durante el desórden “no se vió ni se supo que se tratase de prevenir defensa ó estorbo temporal,” y que si bien se presentaron en la plaza el conde de Santiago y algunos otros nobles y funcionarios públicos, fue despues de que ya no hallaron á quien castigar, por haberse retirado los principales actores que hicieron papel en las escenas referidas.

Esta conducta, no menos que la actitud hostil que adoptó el gobierno en los dias posteriores al 8 de Junio, dieron lugar á que la gente ridiculizase las providencias de aquel, repitiendo en las conversaciones el siguiente adagio: *despues de los ladrones arcabuzasos.*

Toda la noche se pasó en el mayor desasosiego, temiendo á cada instante nuevas y mas lamentables desgracias.

El número de las víctimas fue crecido, y no obstante los muchos cadáveres que en la misma noche y á deshora fueron sepultados en el cementerio de la Catedral, se hallaron todavia algunos al dia siguiente esparcidos en la plaza y en otros lugares.

Al amanecer de este dia se encontró en el palacio destruido un pasquin del tenor siguiente:

AQUESTE CORRAL SE ALQUILA
PARA GALLOS DE LA TIERRA
Y GALLINAS DE CASTILLA.

Horas despues, en conformidad de un bando que se publicó, pusieron en arma los habitantes de la ciudad formando cuerpos á manera de nuestros batallones de guardia nacional, y fueron á san Francisco los oidores, los caballeros, el conde de Santiago, y otros doscientos hombres, todos á caballo, á traer al virey, que vino tambien á caballo, vestido de negro y con valona, por las calles de San Francisco, en medio de repetidas aclamaciones populares.

Al llegar junto á la Profesa se detuvo la comitiva, y el virey saludó al arzobispo, que le estaba esperando en aquel sitio, entrando despues en el coche del prelado y dejando á la vireina caminar por delante en el que antes ocupaba. En este órden prosiguieron hasta la plaza; dieron vuelta por ella á los gritos de *viva el rey y el conde de Gálve!* y encaminándose en seguida á las casas del marqués del Valle, se despidió el virey del arzobispo y quedóse á vivir en ellas mientras se reedificaba el palacio.

VII.

Pasada la sorpresa causada por tan inesperados sucesos, empezaron las autoridades á emplear las medidas de rigor así para descubrir y castigar á los culpados, como para prevenir la repeticion de los mismos ó semejantes sucesos.

Hubo arcabuceados, ahorcados y azotados.

Los bandos se sucedian unos á otros con ridícula y asombrosa profusion.

En uno se prohibia, pena de la vida, que anduvieran juntos arriba de cinco indios; en otro se mandó que saliesen á mo-

rar fuera de la ciudad, que se les cortasen las melenas y que trajeran el vestido y cabello á su usanza, como se habia prevenido varias veces; y en otro, finalmente, se prohibió el baratillo y el uso del pulque, atribuyendo á esta bebida la culpa del tumulto.

Estas disposiciones produjeron el efecto deseado; mas como no eran las mas á propósito para conciliarse á los descontentos, queriendo estos mostrar su disgusto, á falta de imprenta, apelaran al único recurso de que entonces podian echar mano, y eran los pasquines. Apareció uno en estos términos:

REPRESENTASE LA COMEDIA FAMOSA DE
"PEOR ESTA QUE ESTABA."

¿No se ve asomar en estas manifestaciones el espíritu que mas tarde dictó la independendencia de la patria?

Presentíanlo así los gobernantes, y de ahí emanaban todas las providencias que tendian á sofocar la menor falta de mesura en la espresion del pensamiento, que bien podia decirse estar encadenado, pues que solo la proclamacion de la libertad de imprenta hubiera sido entonces reputada por blasfemia ó herejía.

Con todo, el sistema de pasquines era el medio adoptado por los oprimidos para echar en cara á los tiranos su maldad, cuando el peso del yugo se hacia sentir en estremo; y en esa vez las palabras y los hechos tuvieron tal elocuencia, que obligaron al gobierno á variar de conducta. En efecto, no parece sino que el levantamiento de los naturales tuvo una influencia milagrosa en hacer cesar la carestía de mantenimientos, como que luego al dia siguiente hubo maíz y trigo en abundancia; de que se concluyó entonces que la falta que antes habia de esas semillas fue obra de que ciertos personajes que las ocultaron para venderlas, llegada el hambre, á muy subidos precios.

XXV.

EL SACRISTAN.

Viniendo ahora al dominio de la historia moderna, el convento de San Francisco nos abre su tesoro de memorias, de entre las cuales solo escogeremos las que, á juicio nuestro, son mas interesantes.

Desde luego la capilla del Señor de Búrgos nos invita á consagrar algunas líneas á su célebre sacristan, á Pablo Morales, cuya aventura anda en boca de todos, y que ha dado asunto á una comedia y á varias relaciones novelescas. Añadiremos otra á las ya escritas.

Pablo era el prototipo del sacristan, pero no así como quiera, sino del sacristan mejicano, del sacristan de iglesia rica, á donde concurren diariamente diez ó veinte eclesiásticos á decir misa; amigo del canónigo F., ciego admirador de los sermones del obispo S. y familiarizado, como ninguno, con el lenguaje particular usado en el trato con reverendos y reverendas.

Moceton afable con las damas que frecuentaban la capilla; sumiso, reverente, y un si es no es adulator de los superiores, sabia captarse las simpatías de los que le trataban, obteniendo esa especie de consideraciones que no son ni amistad ni indiferencia, pero que abren la puerta á la confianza.

Bien lo habia menester para realizar el proyecto que llegó á concebir en hora menguada.

Pablo no era ambicioso.

Su modesto salario, sus gages no siempre pingües, le ministraban lo suficiente para vivir sin apuros, y estaba contento con su suerte.

Pero llegó á verse, cuando menos lo pensaba, envuelto en las redes acerinas del amor: prendóse de una jóven hermosa, y segun fundadas presunciones, de fortuna superior á la suya.

Este fue el origen de su desgracia.

Declaró sus ansias; fue desdeñado al principio, correspondido